

X.—REPARTO Y DIVISION DEL TERRITORIO ENTRE LOS GERMANOS AL PASAR DE LA VIDA NÓMADA Á LA SEDENTARIA Y AGRÍCOLA; CONSISTENCIA Y AUMENTO SUCESIVO DE LA POBLACION, CONSECUENCIA DEL ESTABLECIMIENTO FIJO; EXTENSION Y SUCEVAS INVASIONES EN OTROS PUEBLOS.

Mucho se ha discutido y se discute aun si los germanos en tiempo de César, á quien se deben las primeras noticias exactas sobre esta raza, escritas en el año 50 antes de nuestra era, y en el de Tácito, que 149 años despues escribió su Germania, llevaban vida nómada manteniéndose de la caza y de sus rebaños, ó sedentaria y agrícola.

Lo mas justo será admitir que ya en tiempo de César empezaba á prevalecer la vida sedentaria y agrícola, aumentándose esta tendencia en el siglo y medio que trascurrió hasta Tácito, sin que por esto quedase extinguida la antigua inclinacion y hábitos tradicionales de cambiar á la primera ocasion de domicilio y aun de país. Así se explica la gran emigracion, conocida por invasion de los bárbaros, cuyo comienzo fijan los historiadores en el siglo cuarto de nuestra era, cuando en lugar de emigracion calculada y repentina, no fué mas que un derrame sucesivo de pueblos que se empujaban los unos á los otros desde siglos antes. Era la última oleada grande del movimiento que en remota época hizo salir la raza germánica del centro del Asia, y la condujo hasta la Galia y los Alpes.

Antes de dividirse y separarse la raza aria en el centro del Asia en diferentes ramas, el grupo indo-germánico habia aprendido algunos rudimentos de agricultura conforme resulta de la identidad de los nombres de muchas frutas y útiles en todos sus idiomas segun hemos visto en la introduccion; solo que aquella agricultura era puramente accidental; de paso solo sembraban aquellas tribus en sus correrías nómadas aquellos frutos que sin otro trabajo crecian y maduraban en aquel clima benigno; y cuando sus ganados habian acabado con los pastos, y la caza empezaba á escasear, trasladábanse todos á otro distrito sin sentimiento alguno. Valdría la pena investigar si las gramíneas que el hombre cultivó primero estuvieron destinadas para servir en estado verde y maduro de alimento á sus rebaños mas bien que á las personas. De todos modos no era el cultivo de la tierra en aquel remoto período mas que un recurso accesorio al lado de la cria de ganado y de la caza, y en este estado se encontraba entre los germanos cuando Tácito los conoció. No se entretenían en roturar ni en plantar árboles frutales, ni en disponer riegos ni amojonar propiedades; arañaban superficialmente la tierra con un arado de madera, y cuando faltaba caza y pasto, cuando otros pueblos empujaban por algun lado ó cuando el aumento de la poblacion reclamaba mas terreno, cargaban sin sentimiento ni tristeza todo lo que tenían, mujer é hijos, los pocos aperos, armas, utensilios y adornos en una sencilla carreta que servía de tienda ambulante, y recogiendo delante á los animales y esclavos, marchábanse en busca de otra tierra mas conveniente. Por esto eran todas sus construcciones de madera hasta que aprendieron muy tarde y lentamente de los celtas y romanos junto al Rhin y los Alpes á edificar casas de piedra. Despues durante muchos siglos construían los esclavos y siervos romanos todas las obras de cal y canto, y aun hoy dia distingúense los pueblos de raza latina de los germánicos por su mayor habilidad en las construcciones de piedra, pudiendo decirse que entre estos últimos casi no existe el oficio de picapedrero. Ulfila, el traductor de la Escritura sagrada en idioma godo á fines del siglo iv, hubo de servirse del único verbo godo *timbran* que significa labrar y juntar madera para traducir todos los verbos griegos que se refieren á edificar y construir casas y ciudades. En aquella misma época tenían

los primeros cristianos entre los visigodos por iglesia solo una tienda de pieles (*scene*) y las fortificaciones que todas las diferentes tribus germánicas solían construir contra las legiones romanas á diferencia de las célticas y réticas, eran torres y baluartes de troncos de árboles ó parapetos y cercos formados por sus carretas-tiendas, alguna que otra vez circuitos de fosos y obras de tierra mezcladas con las piedras tales como las encontraban á mano sin orden ninguno.

La casa, mejor dicho choza ó vivienda germánica primitiva, resultaba así ser portátil; tenía el piso á cierta altura del suelo tocando solo los cuatro montantes de los ángulos en tierra y se subía á la habitacion por una especie de escala, de modo que solo necesitaban pasar la ancha carreta por debajo para que la casa, con su techo de pieles ó de fieltro, quedara cargada á punto de ser llevada con sus habitantes á otra parte, tirada por gran número de yuntas. Todavía existen esculturas y pinturas de aquella época, que representan germanos en marcha con sus carretas y barracas rodeadas de jinetes.

Otra prueba de cuán antiquísima era la costumbre de hacer las viviendas de madera á la par que portátiles, y por supuesto muy inflamables, se encuentra en una antigua jurisprudencia germánica, observada durante largos siglos y especialmente alemana, que consideraba la casa como pieza de ajuar, que uno puede destruir por el fuego y llevarse como cualquier otro mueble. Este principio de derecho declara: «Ajuar es todo lo que la antorcha puede consumir.»

La consecuencia de este modo de vivir era que las tribus germánicas, contando ante todo con la caza y con sus rebaños para vivir, necesitaban mayor extension de terreno que si hubiesen sido agricultoras.

La necesidad de disponer de dilatados terrenos donde los miembros de la tribu pudiesen cazar y hacer pacer sus ganados, dos cosas como hemos visto mas importantes para el género de vida de los germanos que el terreno arable y el emplazamiento de su vivienda portátil, determinó desde su inmigracion en Europa el carácter especial de sus establecimientos en los puntos donde se fijaron, y sus efectos se han conservado al través de los siglos aun despues de haber abandonado su vida nómada de cazadores, cuando la agricultura habia sustituido á la cria de ganado ó héchose á lo menos la industria principal y la base de la vida y economía nacionales. Los bosques, pastos, y en general los terrenos del comun, toman su origen en aquellas costumbres y género de vida, no menos que el sistema y cambio de cultivo bienal ó trienal.

Lo primero que hacia una tribu en su marcha hacia el Oeste, desde la Panonia subiendo por el Danubio, era apoderarse á la fuerza y por derecho de conquista ó pacíficamente, de la mayor extension posible de terreno hasta donde lo exigía el número de individuos que la componían, y lo permitía el poder de los nuevos vecinos, ya fuesen celtas ya otras tribus germánicas, y de la poblacion arrojada reunida y hecha fuerte en diferentes puntos. Esta toma de posesion se hacia en nombre de todo el pueblo, no de los particulares. Así lo dice Tácito: *agri ab universis occupantur*. Finalmente influía en la fijacion de límites, la conveniencia de utilizar sierras, rios, pantanos impenetrables y selvas vírgenes como fronteras naturales y propias para detener al enemigo. Una vez determinadas la extension y las fronteras, celebraban la toma de posesion para toda la comunidad con ceremonias religiosas ó simbólicas que tenían al propio tiempo carácter jurídico; daban la vuelta á toda la comarca, unos montados, otros en carros y los demás á pié; se encendían hogueras, celebrando sacrificios á las divinidades terminales que se suponía velaban por la conservacion de las fronteras; en algu-

nos puntos abrian fosos utilizando la tierra que sacaban para levantar baluartes; erigían mojones en los que grababan bien ó mal caracteres rúnicos en forma de líneas, haciendo incisiones ó señalando con el fuego sus letras en los árboles ó en las rocas si las habia. Hecho esto, procedían á la division ó reparto del terreno, operacion que variaba segun eran las condiciones del país, que podia haber sido ya en parte cultivado, desecado y poblado mas ó menos por celtas, germanos y romanos.

De aquí se siguió que en la mayor parte de los casos, la conquista de tierras cultivadas no llevó consigo, como habia llevado antes, la fuga, la emigracion ó la matanza en masa de los vencidos, sino que estos se quedaron en el país, pues por una parte los germanos en el trascurso de algunos siglos habian ido conociendo las ventajas de la clemencia, y por otra los vencidos comprendían tanto mas cuanto mas civilizados eran, que peor suerte les aguardaba si huían á los bosques, ó erraban sin hogar ni patria como hombres fuera de la ley para sucumbir sin recurso á la miseria: y luego con la mayor cultura crece el afecto al hogar, á la casa, al ganado y al mismo mueblaje, aunque consista solamente en algunos rudos aperos y útiles domésticos. De siglo en siglo iban reduciéndose las matanzas, limitándose al sacrificio de un número de prisioneros al dios de la victoria, ó á las divinidades terminales, sobre todo cuando los prisioneros eran príncipes, jefes, nobles ó guerreros distinguidos, que aun sometidos continuaban siendo temibles. La mayoría de los vencidos prefirió someterse y solicitar la clemencia del vencedor para quedarse en el país, aunque fuese con la pérdida de su propiedad y libertad, contentos con salvar la vida, y en efecto encontró clemencia en los vencedores. Los que eran esclavos no hacían con esto mas que cambiar de amo; las mujeres y los niños eran un botín muy preciado, y aun los mas crueles entre los vencedores los conservaban para venderlos ó dedicarlos á su propio servicio; y entre los propietarios libres de casas y tierras, muchos preferían continuar y trabajar como siervos ó como colonos tributarios del amo que les tocaba en suerte.

De aquí procedió el cambio que se realizó en los germanos, pues prescindiendo del influjo inevitable de su mezcla con celtas y romanos en lo que toca á la persona, al cabello y á los ojos, sufrieron tambien el que resultaba de sus diversas relaciones con los siervos que desde un principio habian pertenecido á las familias germánicas y que se aumentaron despues con los prisioneros de guerra. Debemos tambien admitir que la permanencia de los vencidos en los siglos posteriores, fué siempre en aumento: cuando era mas cruel el derecho de guerra de los conquistadores, mas dura la esclavitud de los vencidos y menos preciosa la posesion de la patria, menor era tambien en aquellos la repugnancia á marcharse al desierto, mas fuerte el impulso que les llevaba á la fuga, mas débil la inclinacion á quedarse en el país; pero luego que la suerte de los vencidos se hizo mas benigna, cuando la casa y la hacienda tuvieron mas valor á sus ojos y fué mas poderoso el temor de abandonar el cultivo y retirarse á los bosques solitarios, naturalmente debió ser mucho mayor el número de los vencidos que se quedaron entre los vencedores.

Ciertamente huyeron delante de los hunos, los que pudieron huir de entre los germanos; pero cuando los bayuvaros ó bávaros ocuparon las estribaciones de los Alpes, se quedó la densa poblacion rural latina en el país, conforme prueban los nombres alemanes con que se designa hoy una parte de la poblacion y ciertos sitios topográficos, sin contar los nombres romanos de tanto esclavo y colono que se mencionan en los documentos hasta el siglo x. Menos aun que

los labradores pensaron en huir los habitantes de las opulentas ciudades construidas á lo largo del Danubio y del Rhin, Augsburgo, Regensburgo, Tréveris (Trier), Colonia, y de las innumerables que cubrían el suelo de la Galia; todos, ó la mayor parte, prefirieron someterse á los alamanos y francos, gentiles é idólatras, y á los godos herejes.

Nos hemos adelantado demasiado en la Historia, y desde el siglo quinto hemos de volver atrás á la época de que estamos tratando.

Al determinar los límites del país conquistado, procuraban tambien los germanos que la parte mas valiosa viniese á ocupar en cuanto era dable el centro, como las casas grandes, aldeas, tierras de cultivo, de pan llevar y huertas, los prados y los terrenos desmontados, para concentrar allí las fuerzas de la tribu, y ponerlas fuera del alcance de una sorpresa del enemigo ó de un ejército invasor, pues que las tierras cultivadas por los colonos anteriores eran naturalmente las mas feraces, las mas fáciles de cultivar y las mejor situadas. Si el país era virgen, hacían lo mismo: situaban la parte mas productiva en el centro.

Cumplidas luego las ceremonias destinadas á legalizar la posesion, repartían lo mejor entre las cabezas de familia, dejando la selva virgen, los pastos de monte, los pantanos, los lagos, rios ó arroyos, así como las elevadas sierras, para aprovechamiento comun y para baluarte contra ataques enemigos. Así es que la antiquísima palabra germánica *marca*, quizás hermana de la latina *margo*, y de la del idioma zendo *merzuz*, frontera, significaba tierra fronteriza no desmontada y bosque (1).

César no ignoraba esta distribucion del país, porque al ir á atacar á los suevos en su propio territorio habia tenido cuidado de informarse, á fin de disponer acertadamente su plan estratégico; pero la explica de distinto modo en sus escritos diciendo: «Estos pueblos consideran como una de sus mayores glorias vivir rodeados de dilatados territorios inhabitados; para ellos es un signo y una prueba de su valor que los pueblos expulsados por ellos y ahora vecinos, no se atrevan á establecerse en estos terrenos abandonados, si bien creen tambien que así están mas seguros particularmente contra sorpresas hostiles.»

Antes de esto refiere un ejemplo práctico de esta regla: los suevos se habian retirado ante las huestes amenazadoras de César hasta el extremo Nordeste de su país donde habia una selva virgen incommensurable (el Bakenis, ahora el Harz), que se extendía hacia la otra parte á grandísima distancia tierra adentro, separando «cual inmenso muro medianero á los suevos de los cheruscos sus vecinos del Nordeste.» En otra parte dice, hablando de los mismos suevos: «Este grupo de pueblos es indudablemente el mas poderoso y belicoso de todos los germanos; compónese de cien pueblos aliados; se dedican poco á la agricultura; las tierras entre ellos no son propiedad de ninguno, y ninguna puede ser cultivada por el mismo poseedor dos años seguidos. El consumo que hacen de cereales es del todo insignificante; su alimentacion principal está basada en los productos de su ganadería y de la caza. Esta ocupa la mayor parte de su tiempo, ya para su sustento, ya como ejercicio y medio de vigorizar el cuerpo, y esta es la razon porque todos son jinetes ácelentes que montan en pelo y desprecian á los que usan silla. Consideran una gran gloria hallarse rodeados de vastos terrenos incultos, que en su frontera occidental tienen una anchura de unos 600,000 pasos y los separan de los ubios que viven junto al Rhin.»

(1) De allí viene el título de *marqués*, del noble que recibía en feudo tierras fronterizas recientemente conquistadas á condicion de defenderlas y todo el país contra las tentativas de invasion. (*N. del T.*)

Se ve, pues, que en cuanto á los hechos estaba muy bien informado César; solo que ignoraba los verdaderos motivos.

Como apenas se ocupaban en la agricultura, viviendo solo de sus rebaños y de la caza; como la población era numerosa y grande la cria caballar; necesitaban dilatados bosques y pastos; la propiedad rural particular no tenía razón de ser. Tampoco podían permanecer mucho tiempo en una localidad determinada, pues que tanto por la abundancia de caza como para aprovechar nuevos pastos, habían de cambiar con frecuencia de tierra, naturalmente dentro de los límites del dilatado país ocupado por todos los suevos, no sin tener á veces que hacer uso de la fuerza para rechazar á las tribus vecinas de los sitios donde se habían establecido, ó atemorizar á otras que pudiesen tener ganas de establecerse en su territorio.

Justamente en este período de transición encontró y describió César á los germanos, hácia el año 50 antes de J. C.: transición de una vida inestable á la vida sedentaria y de establecimientos fijos que después llevaron. Todavía no había propiedad individual de la tierra; todavía la tribu no se había fijado permanentemente en un sitio determinado; todavía la comunidad no había deslindado siquiera sus propiedades, ni se había sujetado á ellas; todavía seguía siendo la conquista el único medio de adquirir terrenos; todavía para el individuo, á lo menos entre los suevos, no existía la propiedad territorial hereditaria: la agricultura era la que después, sin pensarlo, debía exigir necesariamente de los germanos la instalación permanente; todavía de la cria de ganados y de la caza, no del arado, sacaban su sustento; y «precisamente en el momento de dar los primeros pasos para dejar este modo de vivir,» los encontró César. Cuando 150 años después los describió Tácito, ya hacía mucho tiempo que la transición se había verificado.

Al establecerse los germanos en lo que hoy se llama Alemania no pensaban en quedarse en este país; la idea que los guiaba era que andando hácia el Oeste encontrarían tierras más cálidas, más ricas y hospitalarias que no harían necesaria su vuelta hácia el Asia, y con esta intención habíanse dirigido ya los cimbrós y teutones hácia el Sudoeste, los alamanos al otro lado del Rin, y si César no se hubiese puesto de por medio, Ariovisto y sus sucesores hubieran arrojado de seguro á los celtas hasta más allá del Loira y del Ródano. Así como Mario opuso una valla á los cimbrós y teutones, César la opuso á toda la masa general de los germanos de la alta Alemania.

Se comprende cuán difícil debía ser para los romanos someter á estos pueblos ambulantes, que abandonaban al enemigo sus viviendas, de casi ningún valor, y que después de enterrar sus víveres y los pocos objetos útiles que tenían, se retiraban delante del enemigo á sitios y bosques inaccesibles, donde se ocultaban todo el tiempo que querían, seguros de que al aproximarse el otoño el enemigo había de abandonar el país.

Estrabón, 60 años después de César y como 80 años antes de Tácito, pinta á los suevos con mucha precisión en la persuasión de que su descripción puede aplicarse (*apasi tois iayte*) á todos los germanos en general. «Comun á todos los pueblos de aquellas regiones, dice, es la facilidad con que cambian de tierra, á causa de su modo sencillo de vivir y de la falta de agricultura y provisiones; sus viviendas son chozas-tiendas que en un día plantan y vuelven á quitar; sus rebaños les dan el alimento que necesitan; y cuando les conviene, cargan sus chozas en las carretas y se van con sus ganados á otra parte.»

Tanto terreno selvático debía ciertamente ser propiedad de todos, ó como César dice, del cantón, aunque también

podían ser realmente territorios cuestionables á la vez que reservados que no siendo habitados se cubrían luego de bosque, y eran transformados sucesivamente en terrenos del comun á medida que se aumentaba la población y escaseaban la caza y el pasto; del mismo modo que después se fueron cambiando los terrenos del comun en propiedades particulares, á medida que las tribus nómadas se aproximaban á las posesiones romanas y celtas del Oeste, y se sentían empujadas del lado del Este por nuevas tribus germánicas y otras. De este modo se había ido deteniendo poco á poco el movimiento general desde el año 50 antes de nuestra era hasta 150 años después para los godos, y hasta el año 250 después del nacimiento de Jesucristo para los demás pueblos bárbaros. Entonces, cuando el empuje de las masas, que sin cesar eran empujadas á su vez por otras á sus espaldas, llegó á ser insoportable é irresistible, añadiéndose á estas circunstancias el gran aumento de población; cuando cayeron los baluartes mal defendidos del carcomido imperio romano; cuando el *Limes*, el Danubio, el Rin y hasta los mismos Alpes no fueron ya valladares insuperables para los bárbaros, entonces arrollando todos los obstáculos, echando puentes sobre los ríos y escalando cordilleras, derramándose, cual irresistible torrente que ya no cabe en su cauce, por las provincias romanas de la Dacia, la Mesia, la Panonia, la Iliria, el Epiro, la Acaya, la Nórica, la Vindelicia, la Retia, la Germania, y después de la Bélgica, las Galias y la Italia los pueblos de la rama goda, seguidos á su vez por las ramas de los alamanos, borgoñones, francos, longobardos y bayvaros.

Una de las causas más poderosas de este impetuoso é irresistible derrame debía ser indudablemente el rápido aumento de la población que invariablemente se presenta cuando un pueblo salvaje y nómada pasa á la vida sedentaria y agrícola, conforme prueba la estadística.

Claro es que el tránsito no se hace de repente sino en el espacio de cuatro ó cinco y más generaciones, es decir, en el período de dos siglos que corresponde al tiempo que desde entonces tardó en verificarse la invasión general.

Corroboran el aumento desproporcionado de la población germánica los números siempre crecientes que los autores griegos y romanos citan al hablar de los ejércitos, armadas, muertos y prisioneros que á contar desde el principio del siglo tercero, perdieron en sus embestidas contra el imperio los marcomanos, cuados, alamanos, francos, ostrogodos, visigodos, vándalos y muchas ramas y pueblos menores godos, pérdidas que se cubrieron inmediatamente por hordas nuevas y más numerosas. Era en realidad un océano de hombres que arrojaba oleadas sin fin contra los diques del imperio romano.

No era la invasión llamada de los bárbaros una obra premeditada; era un derrame, un traslado total, sin plan de pueblos, estrechados por otros y por el hambre á causa del desmesurado aumento de población. Así fueron empujados los vándalos desde la Hungría hasta el África, y los longobardos desde el Elba al Po y al Garellano. Eran pueblos enteros con sus mujeres, hijos, esclavos, carretas, ganados y útiles, verdaderos bárbaros, que en esta forma se adelantaban lenta pero constantemente y sin plan, ora combatiendo, ora acampando, sembrando, cosechando, y otra vez marchando, según se acababan los recursos de la tierra donde se hallaban, ó según se sentían empujados por otras hordas más impetuosas, hambrientas ó atraídas por la esperanza del saqueo en territorio romano, ó bien invitadas y llamadas por intrigantes ó potentados romanos traidores á su patria.

No podían ser tan numerosas como hasta ahora se ha creído estas tribus ambulantes, pues si el número de sus in-

dividuos no hubiese sido insignificante en comparación del de los moradores romanos, jamás se habrían romanizado tan pronta y completamente los godos, borgoñones y demás, ni los habitantes de las provincias del imperio se hubieran conservado en el país. Pero eran pueblos que rebosaban fuera del suyo, y ésta fué su cualidad distintiva, no partidarios ni bandas de aventureros como se ha querido decir; pueblos que llevaban consigo, además de sus mujeres é hijos, sus dioses ó su dios ariano, su jurisprudencia, sus costumbres é idioma. Esto explica que aun después de grandes derrotas se sostuvieran; que no pudieran ser expulsados (con excepción de los vándalos que fueron rechazados hasta el África), y que tuvieran bastante influencia y fuerza de conservación para dar lugar, á pesar de estar en minoría, á la formación de nacionalidades nuevas é idiomas distintos del romano, como el español, el francés y el italiano. Bandas de aventureros sin lazo ninguno de mujeres é hijos, no habrían podido conseguir tamaños resultados.

Además, la llamada emigración de los pueblos, ó sea este desbordamiento del exceso de población, tuvo grande importancia en la transición de la vida nómada á la vida sedentaria y agrícola, y ambas causas produjeron un cambio en la organización interior en dos distintos sentidos. Por un lado el establecimiento de confederaciones más numerosas estrechó los límites de la tierra y de los pueblos germánicos, y por otro lado, poco á poco fueron caminando estos pueblos por medio de convenios y estipulaciones impuestas ó aceptadas á variar la primitiva y fuerte organización republicana, reemplazándola por una organización monárquica más fuerte y más exclusiva. El pensamiento político de los germanos comenzó á realizarse con el menor aparato posible; se limitó primitivamente al más pequeño círculo, es decir, á la familia, y desde allí se fué extendiendo.

*Sibja* significa familia, *gens* y *pax*, *pax*, y en el alto alemán es *sibjar*, que hace el femenino plural *gesippen*, es decir, la familia unida, la confederación, la amistad, la comunidad; la voz *sibja* viene del sanscrito *sabhdá*, comunidad. En efecto, primitivamente se limitaban el derecho y la justicia á la *sibja*, es decir, á los miembros de una familia: entre ellos debía conservarse una paz inalterable; ninguna contienda entre hermanos, primos ó parientes, podía ventilarse por medio de las armas; todas debían someterse á un juicio y ser decididas por los iguales en derecho. Entonces se empezó á considerar en las tribus del Norte como presagio del abandono de los dioses, es decir, de la disolución de los lazos religiosos entre los hombres, que el hermano no se fiase del hermano y combatesen entre sí los miembros de una familia misma.

Queriéndose después extender el derecho y la protección de la paz fuera del círculo familiar, todavía no se rompió completamente con el antiguo principio y se estableció el de la adopción por medio del trato y mutuos servicios entre unas y otras familias. Uniéndose muchas de estas luego hasta componer una horda, todavía no se habló nada de comunidad; era aquella una vecindad de posesiones agrícolas que precedió generalmente entre los germanos á la confederación. Estos vecinos no se reunían con ningún enemigo de su horda; hacían en comun los sacrificios, y participaban en comun de los peligros que ofrecían los caminos, los bosques y las fieras. También se fué formando para las diversas familias de la horda una jurisprudencia comun para castigar los delitos en los casos de contienda entre las diversas familias que se hubieran de decidir por forma de proceso; pero en estos casos no se elegía el tribunal como en el de contiendas entre miembros de una misma familia; podía elegirse entre las familias de la misma horda.

Para los casos de guerra entre familias como en las contiendas entre varias hordas, se debían escoger entre cada partido jueces que intentasen arreglar pacíficamente la contienda, sin lo cual la horda tenía derecho á intervenir, y la falta á estas prescripciones se consideraba como una culpa grave contra los dioses y contra la tribu. La transición desde la vecindad á la comunidad no se separó esencialmente de estos principios, los cuales subsistieron aun entre los miembros de una misma familia bajo las leyes de la horda.

Muchas hordas y comunidades unieron después sus respectivos territorios, campos, paños, etc., y así pudieron extenderse los pueblos y las tierras en amistosas confederaciones. Esta unión territorial, que duró por espacio de siglos, fué la base del Estado, que al principio se limitó á las relaciones de vecindad: muchas veces se dividió la tierra en territorios de cien familias, estos en pueblos y estos en caseríos, sin que los territorios de la comunidad formasen todavía una unidad de Estado, sino solamente una alianza poco fuerte, popular y jurídica. Los santuarios, sin embargo, eran comunes á toda la raza. De aquí vino que se movieran contiendas por las posesiones entre las tribus que siguieron distinta política respecto de los romanos, de lo cual es el ejemplo más notable el que dió el pueblo de los cheruscos, con quien lindaban más de tres de los territorios arriba dichos. De estos territorios salió el general levantamiento de los diversos pueblos germanos contra Roma, en el año 9, á las órdenes del príncipe cherusco Arminio, y entonces los cheruscos de uno de ellos pelearon en favor de Roma contra los otros cheruscos; y lo que es todavía más admirable, otro territorio permaneció neutral y su neutralidad fué respetada de los romanos y de los germanos. Aquel esfuerzo del héroe libertador de su pueblo para sacarle de su perniciosa inacción, y en vez de un Estado unido solo por los lazos del territorio, formar, á lo menos con sus cheruscos, un reino poderoso, había venido demasiado pronto; fracasó, y Arminio el libertador fué asesinado por sus mismos compatriotas y aliados, en nombre de la antigua libertad.

Esto demuestra suficientemente que el paso de la unión territorial á la confederación como fundamento del Estado, fué no solo difícil, sino también largo y sangriento.

Sin embargo, desde principios y mediados del siglo II, la posesión exterior y el desarrollo interior hicieron imposible el aislamiento del territorio, ya indefendible, y necesaria la unión de los de cada pueblo en una confederación de pueblos.

La presión exterior fué la siempre activa de los romanos, que amenazaron por el Sudoeste, y además el empuje irresistible de otros germanos y no germanos del Este, cuyo encuentro no se podía ya evitar emigrando y desalojando el sitio, porque faltaba espacio para todos; faltaba el bosque virgen, el terreno disputable á causa del gran desarrollo interior y del rápido aumento de la población.

Hasta aquí hemos visto el desenvolvimiento de la población en una pequeña localidad. De aquí en adelante veremos repetirse el mismo fenómeno en las grandes federaciones y en las grandes comunidades de pueblos.

La medida del repartimiento de tierras entre las federaciones al tiempo de establecerse en un país, no podía naturalmente ajustarse sino á las necesidades de cada una (1) de ellas. No podía en efecto pensarse que por ejemplo el hombre libre del pueblo, que llevaba su mujer, un hijo, un siervo,

(1) Tácito. Germ. c. 26: (*agros*) *max inter se secundum dignationem patiuntur*; pero este *dignationem* incluye también la posición, la condición de la persona. Los nobles, en efecto, en la mayor parte de los casos tenían más número de hombres y animales que mantener que los hombres libres del comun, y por consiguiente eran mayores sus necesidades.